

ción, esbozo de novela, cuento, rasgo costumbrista, retrato, comentario, juicio, poema en prosa, política, glosario... Todo lo que constituye el mundo del periodista fué familiar para Montalvo. Sólo que sus artículos no han de perecer como los del cotidianismo telegráfico. Formados sobre el tiempo, el mismo se ha encargado de abrillantarlos como a singular metal de resistencia. Varios y completos, sensibles como el diapasón, detallistas como el paisaje, carecen de la superficialidad del horario, cuyos dos brazos, como esclavos del tiempo, apenas si saltan, imperceptibles ante la mirada estática.

El documento vivo.— Don Juan Centenario, ¿podrá repasar, por nuestros campos, con apostura idéntica a la de sus días de *El Cosmopolita*? La biografía reclama, con insistencia, su airosa figura y su valor esencial. El Montalvo accionante y vivo no conoce aún el libro que nos lo traiga en espíritu y en forma humana. Aparte de los datos ordenados por Yerovi, en la biografía cronológica, el primer códice de su vida y de su obra, el soberbio medallón de Rodó, esculpido con golpes magistrales, ha fijado para siempre las líneas de su fisonomía... Ciertamente que el prosador uruguayo penetra en la fronda de sus concepciones estéticas con visión cariñosa e iluminada. Ciertamente que descubre vuelos de su alma y de su genio en el solar de Ambato, en cuya descripción se afana, sin conocer a la ciudad con los ojos terrenos, pero adivinándola con raros aciertos, como si la hubiera soñado en tangible presencia. La verdad que se adelanta, por el acopio de los documentos vivos, a la biografía que hoy adquiere singulares milagros de plástica por el arte urgido y emocional que estudia por análisis y recompone por síntesis, ensayando la parábola de Dios al soplar con sus labios creadores en el barro de la forma adánica. Mas, el retrato rodoniano, de seguridad y de ambiente, espiritual y físico, histórico y estético, no es el de la viviente figura, como lo quiere el re-paso centenario. Digno de la majestad del Proteo, relaciónase más bien con el bronce que salió perfectísimo de las manos de Plutarco o con el alabastro heroico que pulió Carlyle.

Rodó, el autor de *Montalvo*, también quiso modelar, con su grave sapiencia, un magnífico Bolívar. De aquel ensayo, con encantadoras proporciones, surge el Libertador, esbozándose en sus líneas de la más pura epopeya. Al conocerlo en las páginas de Rodó se nos ha vuelto inolvidable. Esa es la figura magra, ese el vencedor aliento, esa la diestra que dió vida al rayo, esa la voz de la proclama, ese el jinete de la vanguardia que no halló difíciles los Andes para su galope.

De la tierra colombiana, el escritor Fernando González, llamado a espléndida fortuna en el mundo de las letras, despachó a su amigo y filósofo a la mitad gandhiana y quieta de su movible alma de Nietzsche, a su Lucas Ochoa, para que viajara en busca de los datos íntimos de Bolívar. No los encontró en la Patria de Santander, a lo menos en la potencia que busca su empeño, siquiera como átomo de su propia vida. Ochoa visitará el Ecuador, en las orillas de Paita querrá en vano remover las cenizas de Manuelita... iráse a Venezuela, aunque sus compatriotas se burlen de su pasión andariega y le reprochen su desamor a la casta... Pasarás largas horas en el patio de la casa de los Bolívar, y sin encontrar el aro que echó a rodar Simón, romperá el barril del

DR. HERDOCIA

Enfermedades de los ojos,
oídos, nariz y garganta

Horas de oficina:

10 a 12 de la mañana
y de 2 a 5 de la tarde

Contiguo al Teatro Variedades

agua nueva, para tenerlo a imagen y semejanza del antiguo... Enternecido por la reconstrucción, pensará que la Hipólita, ese «lacrimatorio de basalto» le cuenta, como a Simoncito, la historia de la mula coscoja y otras fábulas extrañas para el alma del niño varonil... Marchárase hacia el Orinoco, se desmayara sumergido en sus aguas, como en la noche pálida de Casacoima. Trotará en mula por los llanos...

Nosotros también hubiéramos querido que nuestro Lucas Ochoa emprenda viaje parecido por las rutas montalvinas. Que se detenga en Baños y repare en la piedra multicolor que fué pedestal de su cansancio. Que sorprenda su diálogo mudo con el Pastaza. Que adivine como frente a los milagros de la Naturaleza comprendió la belleza de los clásicos, sin modelo antiguo; como hubo de sujetar a su Prometeo a la roca imposible; como decurrió por en medio de tanta belleza diseminada y virgen, a través del sub-trópico, resbalando en los senderos que orillan al tributario del Amazonas, como en nueva Odisea, pero ésta si solitaria y meditativa... Como, en la roca negra, desnuda, de corte profundo, advirtió cierta tiniebla del Averno y bajo el cielo azul de ese otro valle, extendido como para el eterno descanso, dijo quizá, dando libertad al suspiro: ¡El Eliseo!... Como se bañó en la Juvencia de la Virgen de Agua Santa o quiso probar del Leteo amazónico.

Que acompañe a Montalvo en su paseo vespertino por el Ficoa. Que, cerca de los libros amados, espante al sueño que se filtraba en su vigilia de lectura y pensamiento. Que le siga, observando sus rasgos de pluma sobre los cuadernillos albos, de hojas regulares y de costura igual... Que le sorprenda en su fácil invitación al arcaísmo, en él como de habitual parlamento. Que le descubra en su desazón de tachar la frase imperfecta. Que le contemple en su rápida memoria de la etimología. Que le siga en sus recuerdos enlazados y prodigiosos de tanta lectura, lejos de los libros, de cara al sol, en su mediodía de producción... Que mire, en su rostro, la onda momentánea de rubor, frente a la mujer amada, raro contraste de aquel espíritu que pudo decir de un privilegiado valor y un férreo brazo: Mi pluma lo mató... Que le admire en su lento sorbo del vino pascual que nunca prendió en pecho la llama ascendente de la embriaguez. Que le siga a París, en sus veinte y cinco años ilusionados, y más tarde en su dura expatriación, que viva con él en Ipiales, que oiga su plática con Lamartine, que le acompañe a las Bibliotecas y a los Museos de Francia, que sienta con él el garfio del hambre y el duro acero de la soledad.

Algunos de los amigos de Montalvo.— ...Parece que no es un venero el Montalvo anecdótico. Sin embargo, su amigo y Secretario preferido, Celiano Monge, ha escrito

esos recuerdos, picantes e íntimos, que tanto descubren el verdadero carácter y que sirven, por sí solos, más que una profunda y lenta penetración de exégesis. Gonzalo Zaldumbide, con la justeza parnasiana de sus juicios, nos ha dicho algo del Montalvo joven. Congregó a la élite del pensamiento francés, frente a la casa mortuoria de Montalvo, en la rue Cardinet de París y en exámenes sagaces, completos, artísticos, ha revelado nuevas condiciones del estilo de Montalvo, de la elaboración de *El Cosmopolita*, de *El Espectador*, de los *Siete Tratados*. Isaac J. Barrera, buscó, en la inagotable vena del Cervantes de América, la vocación investigadora del crítico y su perspicacia analizadora se detuvo también en el epistolario de Montalvo. Oscar Efrén Reyes, con firmeza parecida a la de sus relatos de la Historia de la República, trazó, en las páginas de la Monografía del Tungurahua, la vida de don Juan, en esquema que, por su mismo laconismo, despierta el anhelo de penetrar en el detalle. Cesar E. Arroyo ha bordado su emoción de castellana loanza en varios de los capítulos de Montalvo y de Rodó, y estudiará al Montalvo cervantino. Benjamín Carrión nos ha ofrecido un libro de la vida y de la obra del Cosmopolita, entre los muchos que anuncia y que vendrán, copiosos y floridos. Alejandro Andrade Coello comentó la obra de *El Cosmopolita*, en sus *Motivos Nacionales* junto a los estudios acerca del sabio Maldonado, del orador quiteño José Mejía y del épico Omedo. Manuel Elicio Flor, en el Salón del Ateneo Dominicano, cedió a la simpatía que le inspiraba el santo laico, ofreciéndole un voto de su elocuencia. Julio P. Mera nos contará del camino fecundo de su letra, en la prensa ambateña, en las hojas periodistas fecundadas en hora de lucha, en la simiente que hubo de afirmar, en la candela que prendió en compañía de Juan B. Vela, en la primicia, en fin, de la dicción límpida y combativa que no fué raro escuchar, más tarde, en la frase de sus Epígonos: Aparicio Ortega, Manuel J. Calle...

El libro de la vida.— Se ha creído que la biografía moderna puede presentar dos faces en su estructura viva y completa. La primera, reclamada por los devotos de la Historia, se cuidará de que predomine la verdad en las líneas del retrato y en el ambiente que le sirva de fondo o de cielo. No han de falsearse las condiciones éticas del biografiado. Se penetrará sagazmente en el estudio de su carácter. Integro e imparcial el aprecio de la obra. Toda pasión se volverá falsedad, absoluta o relativa, en ese relato de la vida, ejemplar o armoniosa, heroica o lúcida, artística o poderosa, que debe ser la biografía. La segunda se ofrece a varias consideraciones. La vida que ha logrado impresionarse en nuestro pensamiento admirativo, que al fin nos conquista y nos obliga a interpretarla y describirla, puede salir del marco de la historia. No vamos a relatar escuetamente. Nos sentimos estéticamente apasionados. Interpretamos un gesto de nuestro héroe. Queremos hallar, en el fondo de esa insinuante frase, algo más que un enlace sintáctico, que una imagen de Retórica, que una coherencia de Lógica. Somos los buzos de una alma—mejor si hemos revuelto su tranquila superficie—y vamos hacia el fondo en donde se retraen las perlas, los corales y las esponjas. Por el comienzo:—la vida exterior, la que se refleja en los documentos, la que muestra su semblante en las biografías cronológicas—, hemos querido llegar a la vida